



PREGÓN DE SEMANA SANTA **DE** **NAVA DEL REY**

Por

Juan José Cantalapiedra Mortera
(Presidente de la Casa de Valladolid en Madrid)

Para este que aquí, ahora, tiene la oportunidad de hablaros, es un honor venir a cantar la Semana Santa de Nava del Rey, ciudad a la que me siento unido por razones de paisanaje, vecindad y la entrañable amistad que me une a las buenas gentes de este municipio.

Yo, igual que vosotros, soy hijo de un pueblo castellano, La Seca. Hace más de cincuenta años, en un vagón de tercera clase, me desplazé hasta Madrid, a la búsqueda de un futuro más prometedor. Llevaba, si mal no recuerdo, un paquete de libros bajo el brazo y una maleta de cartón.

Al salir de la estación madrileña de ferrocarril me sentí asombrado de la mucha gente que había en Madrid y que caminaba muy deprisa, y de los tranvías, que no había visto nunca, y de las fuentes cargadas de carámbanos de hielo y de lo grande que era todo.

Lo primero que sentí fue una gran gozada por estar en Madrid, que era el sueño de mis sueños, y, después, miedo; sí, miedo, porque ¿qué hace un chaval recién llegado a la capital desde un pequeño pueblo castellano? Bueno, lo primero que seguramente se hace, es preguntar, y yo pregunté, y me fueron diciendo por aquí y por allí, y me fueron llevando por acá y por allá y aquella primera noche, al final de aquel primer día, ya tuve un amigo. Y así empezó todo.

Atrás quedaba mi tierra, mis costumbres, mi gente, tantas cosas. Más tarde, otra tierra, otras costumbres, otras gentes, los estudios, el primer trabajo, el nuevo hogar, los hijos, los años.

Pero, a pesar del tiempo transcurrido, nada me ha hecho olvidar las vivencias de mi niñez que permanecen grabadas como diapositivas en la retina de mis ojos, y que me confortan cuando me las proyecto en horas de nostalgia.

Sobre todo, recuerdo a mis gentes, aquéllas entre las que nací, a las que quiero y admiro. Como dijo León Felipe: *“debí nacer en la entraña misma de la estepa castellana”*.



Hoy, cuando por una inmerecida merced que nunca agradeceré bastante me toca pregonar la Semana Santa de Nava del Rey, con toda ilusión y con el respeto que debe sentir uno en momentos como este, yo así lo hago.

En la Semana Santa de Nava del Rey, se confunden el dolor y su inquebrantable fe. Hay momentos tremendamente emotivos, como el Lavatorio a Cristo con vino rancio y romero, el Vía Crucis en la Ermita de la Vera Cruz o el canto de la salve entonada por los fieles a la Virgen. Las procesiones recorren durante esos días las calles en una manifestación de fe y esperanza.

Dan comienzo los desfiles procesionales de la Nava el Domingo de Ramos con el Cristo de la Borriquilla como protagonista.

Adentrados en la Semana de Pasión, descubrimos el encuentro de Jesús y su Madre en la calle de la Amargura: Momento sublime en el que una madre contempla, con el corazón roto por el dolor, el lento caminar de su inocente hijo camino del calvario.

Las imágenes de la Soledad, la Oración del Huerto, el Ecce Homo, Jesús Atado a la Columna, Jesús Nazareno, Nuestra Señora del Rosario, el Señor de la Buena Muerte y, por primera vez, San Vicente Ferrer, recorrerán las rúas navarresas acompañados por sus cofradías en medio del respeto, el fervor y el dolor de los ciudadanos.

En estas procesiones, se escucha el silencio roto únicamente por voces apenadas que entonan el "*Perdona, Dios mío*"; por una sinfonía de y cornetas que lanzan al viento notas de muerte; por el redoblar deslavazado de tambores, o bien, por los apagados sonos de carracas y matracas de ecos penitentes.

*Leño de injurias y de nada
Espada tan bien clavada,
Madera de Dios,
Templo vacío,
Lignum Crucis,
Cruz de madera,
Cruz de soledad,
Solitaria cruz clavada,
Manchada de sangre seca,
Templo del Gólgota
Recorrida por un lienzo
Blanco como la esperanza.*

Hermoso es en verdad, en el otoño de la tarde, cuando las tinieblas empiezan a tomar posesión de su oscuro trono, acudir a cualquiera de las iglesias de Nava del Rey para lanzar al viento un suspiro.



Todas las ciudades tienen alma, un alma evanescente que encierra sus esencias, sus costumbres y tradiciones. El alma de la Nava es de granito y semblante oculto que sólo muestra a quienes la contemplan con ojos de amor.

Pasos sin huella, palabras perdidas en el tiempo, murmullos de la historia y silbos de leyenda.

La misma protagonista en los mil jubileos de la castellana lengua de nuestra tierra. En verdad, es justo y digno ascender en el ánimo hacia esta ciudad del dolor, acostada en el lecho de los siglos, cerca del Duero, señor y dueño, su vigilia y su sueño. Leves, ligeros de equipaje, como nos quisiera el poeta, casi *“como los hijos de la mar”*.

Verdaderamente es salútfero emprender aquella segunda navegación y tornaviaje y escrutar el misterio de la vida y la muerte: aquella odisea por los ríos que van a dar al mar que es el morir. Bajo el anuncio y admonición de la elegía bíblica: *“Vosotros que pasáis, ved si hay dolor comparable a mi dolor”*.

*Los ojos entreabiertos,
Las manos acalladas,
La sangre entre los labios,
La piel vencida y ahogada
Por el sudor de la muerte.
Cristo yacente
Dios hecho hombre,
Ojos sin luz,
Cuerpo sin mente,
Esperanza que se acerca,
Después de tu propia muerte.*

Cada uno con su voz, cada uno con su verso; que su verso sea hijo de una gran sensación y cuyo ritmo sea acorde al compás de nuestra vida y con el latido de nuestro corazón.

Así es la Semana Santa en Nava del Rey. Nadie va ni viene como ella por el camino del dolor. Única, castellana escena, irrepetible, cuajarón y meollo de gentes y de tiempo, perdida hacia las tierras de la tarde, duelo y celebración, fiesta del llanto, honradísima, duradera y hermosa, redentora y cautiva. Singular costumbre devota de la Nava.

Ajustad vuestros ojos a las legendarias figuras salidas de las manos del escultor. Romped el cerco que os aleja de ellas, que vuestro sentimiento, de mansa paz, genere un amor duradero, que el viento sin memoria lo lleve. Ajustad vuestros pies a las viejas losas sin temblor. Mirad y sentíos orgullosos de vuestra histórica Plaza Mayor, de vuestra magistral Iglesia que con la torre agiraldada forman uno de los conjuntos artístico- arquitectónico mas hermoso que uno puede contemplar.



Ved el reino de Dios aquí esparcido, luminoso y labrado, sacra y levítica ciudad. Iglesia- Catedral de los Santos Juanes, Ermita de la Vera Cruz, Humilladero de Nuestra Señora de la Soledad, mudos testigos de vuestra gloriosa historia.

Penitentes, recorred entre lágrimas y amor las calles de Manuel Salvador, Carmona, Pastores, y Rodríguez Chico. Golpead vuestro pecho con piedra de sillar, que limpios quedarán los caminantes de toda culpa, por milagro de tanta piedra signada y santiguada.

Decid, cantad, orad en la lengua que, como oro viejo sobre las frentes, como trigo en verdor, que el campo vibra con odorífero don de primavera, como almendros esbeltos en plumaje, como viñedos dorados y verdosos pinares, por esta llanura castellana, viste y vida hondísima propicia a estas antiguas latitudes. En frase de Unamuno: *“La sangre de mi espíritu es mi lengua”*.

Orad en castellano que para hablar con Dios, es esta hermosa lengua, aquí pulida por los fríos del invierno, afilada por los cantos rodados del Duero.

La lengua castellana es por aquí rumor, edificada a hueso por las invisibles cuerdas del viento y las liras de los astros; ella es el son divino del ordenado mundo.

Tierra antigua, perdidas en el tiempo sus glorias, recinto del amor y del desvelo, humildísima y altiva, grave, íntima, idéntica y abierta, de acendrada bondad, lenta en la ira y en las cercanías siempre de la misericordia, tierra de justicia y de honor, comunera y heroica. Ibera, romana, goda, musulmana, cristiana y castellana.

“Algo al aire se inaugura”, decía Jorge Guillén. Sí, hoy por marzo, es la fiesta del dolor, de la tristeza. Hoy algo se renueva, y hasta se inicia. Cada año, un acendrado amor, cada fecha, un decidido empeño. Así van los navarreses, alegres, festivos, con la lúdica surgida de lo íntimo, como recién nacidos. Más en la grave contención, como tristes y altivos.

Por marzo, un estreno. Así van, andan, caminan, tornan y retornan los navarreses todos, decididamente entregados a mil quehaceres. Y ¡Que todo salga bien, caballeros!

Al orden del día las medallas, los escapularios, los cíngulos, los hachones, velas y faroles. Al orden del día los cereros, plateros, floristas ... Al orden y al día el salmo y las luces para el oficio de las tinieblas; al orden y al día los pasos a hombros y los pasos empujados, las faldillas, las tulipas, los faroles, las almohadillas, los focos y las flores. Sí, hoy es fiesta. Ella es origen. Ella es presencia de lo nuevo en el mundo. Ella es creación y sugerencia, como primera luz del alba. Ella viene en la tradición, en la secreta sucesión de los días y brilla en su cara con la pátina de los siglos. Hermosura tan antigua y tan nueva.



*Esa mirada, Señor,
Me rompe el alma, taladra.
Y la trenzada corona
De espinas en tu piel clavada.
Tu rostro está ensangrentado...
Y no ha perdido la calma,
Aunque el rocío de amapolas
Lo llenó en pétalos grana.
¡Padre Jesús Nazareno!
¡Que alguien te lleva la carga!*

En el gran teatro de la piedra, en la continua alzada blanca y azul del aire, al salmo tan sagrado de las aguas, aquí la fiesta que es celebración, aquí la altivez de su vuelo.

Algo al aire se inaugura. Mas no preguntéis qué fue, qué aconteció, que extraño y grave caso fuera tan cardinal, tan decisivo en el mundo. No preguntéis. Fue por Viernes Santo. No preguntéis por qué nunca Pascua tan florida e iluminada, fuera sin previo Viernes Santo o calle mayor del dolor.

No preguntéis. Decid más bien cómo ello fuera, cómo año tras año, llevaban los navarreses por calles y plazas, el peso del destino: que hoy, al orden y al día, brilla la ciudad, como joven mujer en desposorio, con blancos immaculados de lino, límpida por el aire y la luz, tan recobrada Nava del Rey o alto paraíso, lámina de fulgor y noche iluminada como el día.

¡Oh excelso muro! ¡Oh torres coronadas de honor, de majestad, de gallardía!

Celebrad, entonad el himno de la fiesta y del dolor. Ungid de bálsamo el día y los espacios. Pintad los campos de color morado.

Vosotros hermanos, ved si hay dolor comparable a mi dolor. Agrupaos en esta Nava del Rey hispánica, en cualquier esquina, bajo cualquier alero, en medio de la calle, si mirando a la Iglesia o, tal vez, a la cigüeña alzada al campanario.

Voces de niño, anciano a su bastón, mujer en su negro mantón. Que llegan ya, se acercan los pasos del misterio: rostros y manos labradas, la gran marcha, la voz del nogal y del pino en color y aderezos desusados. *“Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar”*.

Ved aquí la muerte castellana. Ved aquí el río que fuera a dar al mar. Que es el Duero de muertes arrastradas como aguas turbias de invierno. ¡Oh castellana muerte a toda luz, al aire! Como los hijos de la mar, más tierra adentro, como grave victoria por el páramo. Contemplad la suave carnación de Cristo atado a la columna.



JUNTA DE SEMANA SANTA
NAVA DEL REY

*La mirada se te pierde
en un gesto de perdón,
las manos se alzan despacio
retenidas por la soga
en la columna apesadas.
Reprimes tu dolor sin voz,
retienes la lágrima que mana
de tus ojos de piedad.*

Sí, en éstos páramos de pan llevar, avanza lenta y cruel, callada y máxima, sobre andas movedizas, la gran muerte. ¡Oh celebrado Cristo Yacente donde el escultor dio gesto sublime a la madera!

Reparad en nuestro padre Jesús Nazareno con sencilla piedad en el semblante; en el Cristo de la Buena Muerte que nos explica con su gesto y su dolor la razón del sacrificio y la dócil aceptación de su destino. Tratad de entrar en la estancia espiritual del Ecce Homo. Escrutad la humilde resignación que emana del Cristo del Perdón, o el sereno semblante de la muerte en el Yacente. Eleva tus ojos a la altura y descubre el destrozado corazón de su madre: Comparte su dolor y eleva una plegaria al cielo.

*Siete angustias,
Siete espacios escondidos,
Siete sables que se clavan,
Siete cuchillos dorados,
Siete espadas afiladas,
Siete saetas doloridas,
Siete esperanzas perdidas.*

Ved el dolor de Dios tan afligido y solo; ved su noble causa abatida y sombría, pero nunca perdida; ved su humillación, ved ese Cristo Nazareno midiendo ya la tierra.

Vosotros que pasáis y, tan temprano, abrid también vuestro costado, palpad y ved. Y atento el ánimo, escuchad el dulce y nuevo son que asciende el alba. He aquí la hora original.

Ronco combate del aire rompe el muro de la noche. Clarín y grave tambor dan el anuncio. Ya llega el día. Hoy, ya es hoy. Ya suenan los tambores y cornetas anunciando el triste cortejo en el que la muerte hiciera su más terrible estrago. La desgracia máxima se cumple.

*Nazareno que no evitas
Caminar hasta el Calvario,
Te recordaremos día a día
En el calor del sagrario,
En las huellas del camino,*



*En el recuerdo dorado
De la Cruz por ti vencida,
de la Cruz por ti arrastada.*

El clarín y el grave tambor impávidos, marchan, quiebran el viento con su amplio trueno; dictan, nombran y anuncian. Grande el poder de esta música en vilo sobre el cielo poblado de azul de Nava del Rey.

Así es mí tierra, así son sus costumbres, así su Semana Santa. Semana del dolor en una Castilla austera, vieja pero siempre joven, adobe y surco, regato y altozano, verde y ocre.

Hoy, cuando el tañir de la campana es sustituido por el ronco sonar de las carracas, cantamos la grandeza de la Semana Santa de Nava del Rey.

Con toda la humildad que debe sentir uno ante hechos como éste, pero con toda la fuerza que sea capaz de sacarme de dentro, permitidme os convoque y me convoque a la celebración. Que desnude mi alma para deciros que se ha cumplido la profecía y el más grande milagro de la humanidad, se ha consumado ¡Jesús ha resucitado!

*Hoy que con los hombres voy
Viendo a Jesús padecer,
Interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy aquellos niños de ayer?*

Casa de Cultura de Nava del Rey, 1 de marzo de 2013

Juan José Cantalapiedra Mortera